

CAPÍTULO 7

SEMILLAS PARA SEGUIR SEMBRANDO, UNA RESIGNIFICACIÓN PERSONAL Y POLÍTICA

María Fernanda Enríquez Valencia¹

Yo soy la guerra que me declaren a mí y a ellas,
Incluso cuando a ratos,
Tenga esa sonrisa en los labios.
También todo amor y ternura soy para quienes no NOS la declaran,
Así en plural y en mayúsculas...
Eso soy, así muto y existo.
04 de junio del 2020

Introducción

¿Qué grado de violencia/s hacen a alguien sobreviviente? ¿Qué hace que los sobrevivientes tengan el rol de opresor o el rol del oprimido? ¿La masculinidad hegemónica representa una encerrona para los varones? ¿Qué hace que un hombre desee abandonar la institución de la masculinidad? Este capítulo aborda estas preguntas desde los feminismos, el análisis institucional, la lectura de textos de Ulloa y el enfoque interseccional.

Además, la relectura de los propios procesos de investigación, resignificar mi autobiografía y analizar/me cómo me implica lo propio, “lo personal” en esos procesos, narrar mis experiencias y encontrar los hilos y trazos que me llevarán a expresar los *porqués* de la

¹ Facilitadora en el Programa ROLE-PATIO INCLUYENTE de Pro Sociedad A.C en el Juzgado Cívico de Colima. Egresada de la Facultad de Psicología de la Universidad de Colima. Durante la carrera colaboró haciendo investigación con Perspectiva de Género sobre masculinidad, violencia de género, empoderamiento y agencia de las mujeres. Realizó estancias en la Universidad de Granada, España y en la Academia Mexicana de las Ciencias en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

elección de lo que estudio, desde el contexto mexicano, como mujer con las diversas intersecciones que me atraviesan la cuerpo, me llevó a encontrar “paraqués” de aquello que hago, investigo, danzo.

En este capítulo escribo el primer apartado expresando lo que soy y hago. Encuentro en mi autobiografía las semillas de los *porqués* de mis líneas de investigación, que describo en el segundo apartado, tanto de la danza como de la psicología, mi relación con la masculinidad, las violencias, las artes, la expresión verbal y corporal de mi sentir/pensar, los cambios de pensamiento, las semillas de rebeldía, los feminismos, los agentes que influyeron en mí para re pensarme, cuestionar y reflexionar lo que vivimos las mujeres y niñas.

Posteriormente en el segundo apartado narro los procesos de investigación que he elegido/trabajado, breves resúmenes sobre sus objetivos, interés político, método y resultados. Finalmente, en el último apartado dialogo específicamente las reflexiones sobre estos mismos procesos de investigación, con las inquietudes sembradas a partir de las lecturas a Ulloa, en un contexto mexicano y violento, en Colima, lugar en el que vivo y reconocida por ser la ciudad más violenta del mundo; expreso cuestionamientos y preguntas que me resuenan al leer a Ulloa sobre la masculinidad en este contexto, la encerrona de la masculinidad, las posibilidades de cambio en los varones, las limitantes estructurales e institucionales que me animan a trabajar en próximas líneas de investigación. Este último apartado es un borrador de lo que posteriormente me mueve a investigar-accionar tanto en la danza como en la psicología.

Lo que soy y lo que hago

Soy mujer, mexicana, feminista, bailarina, maestra de danza, psicóloga, nieta, sobrina, amiga, compañera, soy todas las edades que he acumulado, soy un cuerpo en un territorio de guerra, soy parte del porcentaje de la población que tuvo el privilegio de tener estudios universitarios, soy también quien tuvo acceso a los libros que quería desde que aprendió a leer, soy ahora quien tiene una habitación propia, aunque no toda la vida la ha tenido, y soy quien escribe desde lo que es y fue.

Nací en 1997, un jueves 13 de marzo en Colima; tengo 26 años vividos en esta ciudad que ahora ocupa desde hace cuatro años los últimos lugares en índices de paz. He sido acompañada por muchas personas desde que soy niña, pero la figura de crianza más representativa es la de mi abuelo, un hombre que ahora tiene 82 años, profesor de profesión, al igual que todos sus hermanos, al igual que mi papá y la mayoría de los hermanos y hermanas de mi papá, al igual que mi madre, que es maestra igual que su hermana y que mi abuela, su madre.

En los recuerdos de mi infancia habitan mis abuelos Hugo y Gloria como personajes principales. Mi abuela Gloria trabajó los mismos años que el abuelo, en casa, cocinando, lavando, planchando, barriendo, lavando y cuidando a mis tíos y a mi papá, hasta que se jubiló cuando mi abuelo lo hizo: “Hugo, yo también me jubilo, paguémosle a alguien que trabaje en mi lugar”; mi abuelo me lo cuenta entre risas y con la ternura con la que crecí escuchándole hablar de mi abuela, con la ternura que cuidó de mí y por la cual le preguntaba a mi abuela de niña “¿dónde encontraste al abuelo para ir al mismo sitio a buscar?”.

Ahora que me re leo y observo mis primeras inquietudes para investigar, una de estas nace por mi abuelo, recuerdo que cuando por primera vez en la asignatura de sexualidad y género escuché el término de *nuevas masculinidades*, me hizo sentido porque era el único hombre al que conocía, al que podía diferenciar fácilmente de los demás varones. Un caso aislado. Un hombre que le gustaba sembrar y cuidar plantas, flores y árboles, era quien lavaba los trastes en casa, barría, trapeaba, nos cocinaba, lavaba ropa y planchaba, no había tarea doméstica que no compartiera con mi abuela, además era un hombre al que veía todos los días y todos los días cuidaba de mí, sin ausencias. Me enseñó a leer, me ayudaba a hacer mi tarea, me llevaba y recogía de la escuela, jugaba conmigo, me escuchaba, contestaba mis dudas, del preescolar al bachillerato fue a las juntas escolares donde me pedían que mamá o papá fueran; mi abuelo era el hombre al que mis compañeros y compañeras del preescolar llamaban abuelo, el que siempre decía que sí cuando las maestras pedían que un padre o madre de familia nos leyera cuentos con actividades para que nos interesara la lectura;

era el hombre de los dulces, repartía dulces, sonrisas y anécdotas a quien le conocía; con los años me volví menos su nieta y más su hija, aunque de sus hijos, hijas la que más le conoce soy yo, ya que cuando mis tíos y tías y mi papá vivían en casa, mi abuelo nunca estaba, no conocen al padre que yo tengo porque a ellos les tocó la ausencia de un hombre que trabajó 3 jornadas laborales fuera de casa. Toda memoria amorosa que sin esfuerzo mantengo intacta es en casa de mis abuelos. Toda memoria que, con esfuerzos de olvidar, mantengo, es en casa de Adriana, mi madre.

Mi educación ¿derecho o privilegio?

Desde preescolar fui a escuelas públicas y nunca me pregunté si continuaría estudiando. Tampoco tuve que trabajar mientras estudiaba, y nunca tuve miedo o dudé que podría estudiar la licenciatura, eso que había aprendido a ver como un derecho, al escuchar y observar a mis compañeros y compañeras, lo comencé a entender como privilegio, acompañado de otros que me permitieron desarrollarme en diferentes áreas, de las cuales hablaré en este apartado y otros.

Aprendí a declamar antes que aprender a leer, mi abuelo escribía poesía, declamaba y también sabía oratoria, me enseñó todo lo que sabía. Cuando declamé por primera vez tenía cuatro años; en primaria y secundaria mi familia me inscribía a concursos de poesía y oratoria, mi abuelo me preparaba; a mí me gustaba participar cuando no decía un discurso escrito por otros, sino cuando yo podía escribir lo que pensaba o sentía y después decirlo, aunque cuando era más pequeña todo era supervisado por los adultos de mi alrededor; con el tiempo a los concursos ya no fui motivada a participar sino obligada a ello, mi familia decía que tenía un “don” que no podía rechazar, acto seguido lo rechacé. Por resistencia y disgusto dejé de declamar, no de escribir, aunque aquello que escribía siempre fue para leerme yo misma, como quien necesita volverse a mirar al espejo después de que se ha cortado el cabello, y quiere reconocerse.

No tenía la necesidad de compartir a otros, otras mi reflejo en las hojas de mi libreta, hasta que comencé a ver en mis escritos a más niñas y mujeres viéndose sin verse, su reflejo estaba ahí porque yo las escuchaba ya con otros oídos, las veía con otros ojos

después del feminismo, no importa cuándo escribí lo que escribí, era como si hubiese escrito siempre sobre otras mujeres y niñas también. En 2019 mujeres de un colectivo feminista me hicieron una invitación para bailar, hacer performance o compartir de la forma en la que yo eligiera expresarme en un evento post marcha del 25 de noviembre, decidí que bailaría y que usaría una poesía escrita por mí para ese día “el ciclo de la violencia: un collage feminista” después de eso no paré, algo en mí se destapó para seguir expresándome públicamente, visibilizando lo que antes podía solo a través de la danza, llevándolo ahora a la poesía.

Otro de los privilegios que tuve desde niña, además de estudiar, fue el tener acceso a libros, desde que aprendí a leer no solté a los libros, ni ellos a mí; durante los seis años de primaria llegaba a la escuela a las siete de la mañana, la entrada era a las ocho; a la hora que yo llegaba no había nadie, ni maestros, ni maestras, ni compañeros, ni mis amigas, me acompañaba de los personajes de los libros de los estantes del rincón, los repetía una y otra vez, después comencé a pedir libros a mi familia, leía por las tardes y escribía; escaparme de niña a habitar espacios que no existían, y personajes inventados, era mi forma de lidiar con la realidad de volver cada noche a casa de Adriana, el primer espacio en el que mi cuerpo de niña aprendió de forma práctica lo que era la violencia. Después de los 12 años las lecturas que elegía eran solo historias reales, podía leer novelas y ficción, pero no las prefería, pedía libros de historias reales donde había mujeres o niñas con experiencias reales, ya no elegía la fantasía ni me era suficiente, necesitaba realidad, otra que no fuese la mía, otra realidad de la cual acompañarme, necesitaba leer aquello que hicieron otras mujeres para escapar de aquello que pareciera ser una habitación propia, pero se sentía más como un territorio de guerra, inhabitable.

La danza: de lo “personal” a lo colectivo

Desde niña estuve acompañada de las artes, nunca me ha sido ajeno expresarme con el lenguaje no verbal; bailaba como toda niña o niño al escuchar la música sin reconocer que eso era bailar; a los seis años me inscribieron a ballet clásico y a clases de canto, pero en la realidad yo bailaba y cantaba siempre que podía, en

reuniones familiares, en cenas, en cumpleaños de mis abuelos, en el día de la madre, del padre, del abuelo, aprovechaba cualquier día, conmemoración, no-conmemoración para demostrar mi cariño bailando, cantando o declamando. Eran mis lenguajes.

Desde niña fui inquieta y curiosa, quería aprender de todo y dedicarme a todo aquello que me permitiera crear otra realidad en mi cuerpo y emociones, explorando una forma de expresarme a través del movimiento, iba de un estilo de baile a otro totalmente distinto cada año o cada dos años. El cantar lo dejé de hacer muchos años en público, hasta que comencé a hacer teatro musical, y debía bailar, cantar y actuar, hice tres años teatro, era el mayor tiempo que había dedicado continuamente a permanecer en una dinámica y aprender algo sin querer buscar algo más.

A los 16 años conocí las danzas urbanas y estilos club, hasta ahora les sigo eligiendo, sigo aprendiendo; me quedé y las elegí porque no había una estructura cuadrada para mover mi cuerpo, había cuerpos diversos expresándose en ellas, podía proponer lo que yo quería decir, podía improvisar, crear, hacer y su historia me resonaba, lo cual no ocurrió con el ballet, ni el hawaiano, ni el tahitiano, ni el árabe, tampoco con las danzas típicas folklóricas de México que tenían roles estereotipados y bailes ya estructurados que aprenderte y repetir una y otra vez; la historia de las danzas urbanas tenía que ver con la calle, con la comunidad afro, latina, con las expresiones y orientaciones disidentes, con lo “no querido”, con las periferias; la historia de la danza urbana contenía desigualdad, discriminación y violencias, también resistencias y agencia de los cuerpos en movimiento; bailar era resistir, bailar era una manifestación ante el rechazo y negación de lo normativo, de lo que la minoría hegemónica imponía a esas comunidades. No me hizo sentido volver a bailar ballet, ni nada académicamente valorado, después de saber y reconocirme con/en la danza urbana.

Al año de que comencé a bailar estilos urbanos y club, comencé a proponer y crear, la primera coreografía que creé fue sobre violencia sexual; después comencé a ir hacia afuera, lo que no era propio, el siguiente proceso que construí se llamó “Roxana”, visibilizaba la trata de mujeres; posteriormente mi hermana y amiga Amada, que también era bailarina de danza urbana y también estu-

diaba psicología, entró conmigo a un taller de diversidad sexual en la Facultad de Psicología, después de ese taller construimos un performance de teatro-danza que llamamos “Matías”, un performance que hacía crítica social, visibilizando las experiencias de la comunidad trans (desde nuestra mirada, desde lo investigado y aprendido) era un diálogo corporal y verbal sobre los cuerpos trans, sobre orientación sexual, sobre discriminación a la comunidad trans y sobre suicidio. Matías lo presentamos en varios espacios, en el teatro (al cual asistían infancias, juventudes, adolescentes, y adultas y adultos) en la Facultad de Psicología; en la calle y también en espacios creados por colectivos de diversidad sexual.

Las próximas creaciones en conjunto fueron sobre las violencias que viven las mujeres, que presentamos en el evento post marcha del día contra la eliminación de violencias contra mujeres y niñas; para adolescentes, adultos, adultas en el teatro y para la comunidad de danza y por último en el CERESO para mujeres, este último acompañado de un conversatorio de violencias; por último otro de los performance políticos más representativos para nosotras que hemos construido juntas es “Porque soy hombre” presentado en un evento del colectivo MUJERES ELEBE (Mujeres con orientaciones sexuales no heterosexuales, lencitudes) en Colima, en el cual hacemos crítica sarcástica de los mandatos y normas impuestas a la masculinidad hegemónica.

Nombrar los espacios en los que comunicamos a través de nuestra danza porque considero relevante exponer quiénes son los, las que escuchan, porque la danza y la información que se comparte en ella no significaría lo mismo si solo un grupo de personas de determinada categoría social o contexto tienen acceso a esta.

Otros procesos creativos de danza-performance “político” han sido para evidenciar, visibilizar, cuestionar el machismo, la violencia hacia mujeres y niñas, visibilizar el acoso sexual y la agencia de las mujeres ante una situación de violencia. Me hace más sentido nombrarlos como políticos cuando tienen un interés y objetivo, y cuando se busca criticar y provocar el cuestionamiento en quiénes escuchan.

De la psicología clínica a la psicología social-comunitaria

Entré a la Facultad de Psicología de la Universidad de Colima en 2015, después de 3 años de bachillerato en los cuales mi papá me avisó que sería maestra, que así él podría dejarme su plaza, que tendría un futuro seguro, que no sería bailarina, que me iba a morir de hambre; aunque por otro lado siempre me apoyaba con la danza, siempre defendió que yo bailara, incluso usaba metáforas para decirme que yo me expresaba y hablaba con “los pies” y que eso estaba bien, que ojalá sacara dieces pero que entendía que bailar era lo mío, decía. Ahora abrazo con cariño dedicarme a la danza y a la psicología, en ese momento era molesto escuchar los “porqués” de mi papá y el futuro prometido que me aseguraba sin yo quererlo. Finalmente soy maestra, pero de danza, soy bailarina y psicóloga, un poco de esto y aquello.

¿Por qué estudié psicología? Desde niña he ido a terapia, nunca me fue ajeno el ir a hablar de mis emociones y de lo que vive una niña y una adolescente con psicólogas y psicólogos, pero, aunque eso influyó mucho, lo que me hizo tomar la decisión fue conocer a la maestra Nohemí en el bachillerato, me dio la asignatura de psicología; escucharla y hablar con ella me hacía sentir acompañada, elegí que quería dedicarme a acompañar a otras, sobre todo pensaba en mujeres y niñas. Aunque nuevamente escuché un “no” de mi papá, mi abuelo escuchó mi frustración y me hizo saber que él me apoyaría económicamente con estudiar psicología, porque debía hacer lo que yo amara, después mi papá aceptó tras ver que no podría darme la plaza y por lo tanto cumplir con aquel futuro prometido y entonces me apoyó para estudiar esta carrera.

Estudié psicología porque lo único que conocía de esta ciencia me gustaba: la psicología clínica, y terminé alejándome de la psicología clínica en cada semestre un poco más mientras conocía más sobre psicología social y comunitaria; a partir de mis prácticas en el albergue de jornaleros migrantes con mujeres, proyecto creado por el cuerpo académico 110 Género y Prácticas Culturales, del cual forman parte Nancy Molina, Sergio López y Guillermina Chávez, los proyectos en los que quería estar eran similares, y también eran comunitarios o sociales.

Implicación: lo estudiado sobre ellos, era para ellas

Estudiándome a mí misma, con ternura, pienso que lo que me llevó a interesarme por estudiar la masculinidad, es primero vivir el cuerpo como una propiedad, un objeto que fue tomado sin mi consentimiento por los hombres y además siendo culpada por ello. Crecer y seguir conociendo más de lo mismo, escuchar a las mujeres, niñas, adolescentes que han sido parte de mi experiencia como niña, adolescente y mujer y resonar con sus diálogos, vivencias de lo mismo, las mismas violencias pero con nombres de otros varones que la ejercían; y por otro lado tener la experiencia del abuelo, que a pesar de identificar que también tenía prácticas de micro-machismos, era uno de los pocos hombres que conocía que tenía prácticas también amorosas, de cuidados, estereotipadamente femeninas y me interesaba estudiar ese tipo de casos individuales y aislados, para saber qué influyó en esos hombres para no replicar tal cual el modelo de masculinidad hegemónico; eso me llevó a plantearle a Nancy investigar sobre las nuevas masculinidades; había aprendido ese concepto en una clase, me hizo sentido porque conocía a mi abuelo y a otros varones con los que me había tocado coincidir por talleres de psicología, congresos, o porque eran mis amigos, y todos ellos eran machistas pero “menos” machos que otros varones, por ello quise conocer qué influyó en ellos para tratar a las mujeres diferente, es decir como humanas.

Al momento de problematizar en mi tesis me di cuenta de que no estudiaba a los hombres, la masculinidad, las violencias masculinas y las prácticas de los varones por ellos en sí, sino por las mujeres, por las niñas, por las adolescentes, por las usuarias que iban a ser atendidas por varones. Estudiaba a los hombres para conocer agentes que hayan influido en ellos, para cambiar, para transformar prácticas, para erradicar violencias, porque pienso que encontrando esos puntos de quiebre, podrían buscarse líneas de investigación-acción con varones, y eso impactaría en las mujeres de su alrededor, esos cambios de prácticas (no solo de discursos) y de violencias hacia ellas, significaría disminuir la crueldad en su experiencia cotidiana, en sus diversos espacios de guerra, el trabajo, la escuela, la calle, el transporte público, la casa...

Al igual que en la danza, en la psicología también fueron las experiencias propias que me llevaron a elegir investigar y accionar en los espacios que lo hice-hago, fueron de lo propio a lo colectivo, aunque aquello que pensaba propio era también lo colectivo, por ello encuentro que la expresión teórica que mejor define este proceso de implicación es “lo personal es político” de Carol Hanisch.

Cuando aprendí a Sembrar Rebeldía

En 2020, el año que inició de la pandemia, después de terminar mis asignaturas de la facultad y dedicarme “solo” a terminar la tesis, bailar, escribir artículos de opinión con perspectiva de género para un periódico virtual y cuidarme para no contagiar a mi abuelo, hice un diplomado virtual del CESMECA “Sembrar Rebeldía: Investigación y Acción Feminista desde el Sur” con la información que aprendía perdía sentido lo que sabía y conocía de los feminismos europeos-blancos, y cuestionarme me llevó a hacer huecos cognitivos para ocupar nueva información de Feminismo Decolonial, Interseccional y Feminismos Negros, que me resonaban mucho más porque no me eran ajenos, porque sus teorías estaban contextualizadas en lo que vivimos en mi país. Aunque tuve disonancias cognitivas porque había bastante por criticar y releer con otros ojos, me sentía como si tuviera que vaciar todo lo que sabía anteriormente porque no tenía mucho que ver con lo que vivíamos las mujeres en México, los diversos grupos de mujeres, las indígenas, las trabajadoras domésticas (las que son remuneradas y las que no) las niñas en situación de calle, las trabajadoras sexuales, las mujeres en situación de pobreza, las mujeres migrantes; a las niñas y mujeres mexicanas nos atraviesa también el narcotráfico, el sistema jurídico, y el gobierno, que son prácticamente lo mismo, dependen de sí.

Desde esos otros ojos que leían y escuchaban, revisé en mi tesis a los teóricos que habían señalado por ejercer violencia, observé haber leído a más teóricas mujeres y en algunos casos sutilmente y contra lo que dice la APA, nombré a las mujeres que leí en mi tesis para que quienes me leían supieran que eran mujeres y no varones; también cambié mi escritura a primera persona; por suerte Nancy, mi asesora, acompañaba mis decisiones escuchando mis argumentos, mientras pudiera justificar y exponer por qué

usar el sarcasmo, metáforas, poesía y hablar en primera persona, ella acompañaba lo que quería hacer y me asesoraba con ternura.

Mi escritura cambió en lo académico y cambió también el elegir a quiénes leía; si antes buscaba leer a teóricas mujeres, ahora buscaba leer a teóricas mexicanas, sudamericanas, negras, mujeres, no solamente teóricas y científicas, porque ahora tenía más presente que todo aquello que venía de la academia y de las ciencias, no era más válido que los conocimientos de las mujeres que compartían un saber no académico, y que eso muchas veces era lo que yo quería y prefería leer, aunque no pudiera citarlo (que gracias al diplomado aprendí cómo hacerlo y justificarlo porque ya tenía referencias para ello), perdieron sentido muchas cosas que aprendí en la facultad, y lo agradecí, y ocuparon su sitio, otras que me atravesaban la cuerpa por ser mujer y por reconocer la diversidad de situaciones y violencias que viven otras niñas y mujeres por sus intersecciones. Desde que me enseñaron a sembrar rebeldía, también he leído a muchas más mujeres porque cuando compro libros las busco.

Este año le propuse a una amiga que hiciéramos un círculo de lectura, cada mes leer un libro juntas, las dos coincidimos en que desde niñas nos encontramos y buscamos en los libros; lo llamamos el círculo de lectura de dos, elegimos a seis escritoras de Centroamérica o Sudamérica, y 6 igualmente de esas áreas pero que fuesen afrodescendientes, cuando nos vemos platicamos sobre lo que hemos leído juntas, la mayoría han sido novelas, los libros que eligió ella me dejan ver y conocer a mi amiga, a la escritora del libro, y a las mujeres de las que habla la escritora, aunque sean historias de terror, curiosamente en el terror siempre hay más mujeres que varones, mujeres a las que les pasan cosas, a las que elige satanás para invadir sus cuerpos, nada ajeno pues del terror cotidiano de nuestras experiencias cotidianas, desde niñas, sin satanás, sin monstruos, ni asesinos seriales.

La influencia de las semillas rebeldes me dejó reconocer otros saberes para la danza y la pedagogía para impartir clases de danza; empecé a identificar el baile como un lenguaje no validado de producción de conocimientos que emergían del contexto mismo, es decir lo válido en procesos de aprendizaje es ir a la escuela

y aprender de la ciencia, escuchar lo que dicen los medios de comunicación, lo que recomiendan los médicos, los gobernantes, la burguesía, es decir nos enseñan a aprender y reproducir todo saber o conocimiento que provenga de un grupo reducido y privilegiado y la danza no es parte de aquello que merece ser escuchado, ni la danza ni las artes en general; igualmente cuestioné quiénes pueden tener la posibilidad de ser parte de ese grupo privilegiado que produce conocimientos, para empezar alguien que tuvo acceso a lo académico, quienes pueden terminar una licenciatura o posgrado y producir conocimiento científico “válido” ¿por qué no era igual de válido los conocimientos que podíamos tener a través de la danza?, ¿por qué no era igual de válido lo que se aprendía en clases de danza, corporal-emocionalmente o al ver un performance? Si quien los crea-dirige es parte del contexto en el que es observado; el creador, creadora y receptoras, receptores comparten historia, tiempo, lugar, cultura. Finalmente, pensé que las y los bailarines, los y las artistas en general, somos un grupo precarizado, sin derechos laborales, en general y ni hablar de quienes no estudiamos formalmente en una escuela de danza (lo que te hace ser nombrada, nombrado como bailarín, un título).

Antes de sembrar rebeldía, pensaba que la psicología había influido mucho en mi danza, en lo que quería expresar y crear a través de ella, después me cuestioné ¿la psicología? No, fue la perspectiva de género, los conocimientos sobre diversidad sexual, los feminismos; nuevamente revisé y pensé ¿qué influía a qué?, ¿no era una influencia bidireccional? Es decir la danza influyendo la investigación, la investigación influyendo en las pedagogías para la danza, la psicología social-comunitaria atravesándose-acompañando mis procesos creativos y viceversa, porque también había sido así, había cosas que llevaba a la investigación como psicóloga porque las había investigado creando danza, bailando, explorando en contacto con otras, otros, intercambiando saberes corporales, kinestésicos; había preguntas que al momento de interpretar un personaje me sirvieron al momento de hacer preguntas para la tesis, y a su vez la tesis, lo leído y lo encontrado, me inspiró a crear en la danza, y así me encontré con muchos ejemplos similares que me llevaron a re pensar cómo entendía la danza y la psicología y cómo dejaron en

muchos procesos de ser por separado, en algunos no se alcanzaba a diferenciar qué venía de una y qué tanto de la otra.

Investigaciones. El Machito de oficina

En 2015 entré a la Facultad de Psicología de la Universidad de Colima, pero fue hasta el 2016 cursando el tercer semestre en la Facultad de Psicología que empecé a aprender otra forma de ver a la ciencia, dentro de ella *la perspectiva de género*, y cambió mi forma de leer a los teóricos de la currícula, de entender mis relaciones, de verme a mí misma como mujer y de ver a otras niñas y mujeres, comencé a preguntarme ¿dónde estaban las teóricas de la psicología en la currícula? A ellas nos las presentó la doctora Nancy Molina, quien me impartió la primera clase en la carrera donde leíamos a mujeres, sembró todo aquello que curricularmente existía, pero no quería ser explicado, ni nombrado más allá de las lecturas obligadas de varones, judíos, heterosexuales, blancos y europeos. Con ternura y a tiempo de caer en la psicología androcéntrica y sexista, comencé a preguntarme ¿por qué solo en esta clase tenían un lugar relevante las mujeres, nuestras experiencias? ¿por qué solo acá importaba y era nombrado lo que vivíamos las mujeres en Colima y en México? Fue esta semilla que sembró Nancy la que quise regar durante todo mi paso por la carrera; terminando el tercer semestre le pedí aprender de ella haciendo investigación juntas, y terminé aprendiendo mucho más. Mi cuerpo inquieta y curiosa se siente y piensa como la Eva escrita por Gioconda Belli en *El infinito en la palma de la mano*, acompañada con ternura a comer manzanas del árbol prohibido de la psicología, para conocer y saber todo aquello que quería ser normalizado, invisibilizado y anulado.

La primera inquietud que tuve para investigar partió de las muchas preguntas relacionadas con las violencias masculinas que observaba y escuchaba en mi cotidianidad, de mis amigas, de las mujeres en mi familia, de mis compañeras académicas y las de la misma facultad en la que estudiaba, de las mujeres que escuchaba cantar, de las mujeres poetisas, de las escrituras que leía, de las que veía en el cine, de las propias violencias que mi cuerpo de niña, de adolescente y mujer joven vivió y vive ¿por qué todas estas violencias me resonaban?, ¿por qué nos pasaban situaciones

similares?, ¿por qué los varones ejercen violencia?, ¿por qué no trabajamos con ellos para que dejen de ejercerla?, ¿qué influirá en los varones que no la ejercen?, ¿cómo son los hombres que se dicen nuevos?, ¿qué actitudes o comportamientos tienen hacia las mujeres los hombres que no se identifican como violentos? El enfoque y mi perspectiva en este punto era todavía pensar que había nuevas masculinidades, acababa de aprenderlo en clases, cuando aprendí el concepto, lo estudié, no lo cuestioné, solo lo defendí utópicamente, como quien se aferra a un salvavidas en medio del mar después de haber sido revolcada. Fue hasta que comencé a hacer investigación que me di cuenta que esos hombres que decían no ejercer violencia, sí la ejercían, también eran machos, pero la expresión del acto cambiaba y su discurso también.

En séptimo semestre que es en el cual empezamos a escribir nuestra tesis en la facultad, elegí a Nancy para que me asesorara y acompañara mi proyecto; quería continuar con la investigación que anteriormente teníamos pero quería enfocarme en los agentes que hacían que los varones psicólogos se cuestionaran y reflexionaran sobre su masculinidad, las violencias que ejercen y el machismo que habitaba sus prácticas, por necesidad, por el contexto que vivimos las mujeres en Colima y porque eran ellos también varones que egresarían como psicólogos que atenderían a niñas, adolescentes y mujeres.

Observaba que los varones que cursaron la optativa de introducción a la perspectiva de género (IPG) tenían otro discurso después de aprender nuevos conceptos, como yo cuando aprendí aquello de las nuevas masculinidades, que después otros enfoques, otras manzanas de otros árboles prohibidos y más lejanos a los que anteriormente consumía me llevaron a otras preguntas: ¿qué cambia realmente en los hombres cuando se cuestionan o reflexionan?, ¿qué hace que se cuestionen?, ¿eso que hace que cambien se podrá construir como dispositivo para los que no han cambiado?

Mi tesis tiene por título *El Machito de oficina: La construcción de la masculinidad en estudiantes varones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Colima*. El machito de oficina es el hombre estudiante de psicología que se camuflajea en un espacio que le “prohíbe” ser macho. Los varones que cursaron la asignatura IPG

recurren al discurso aprendido en la optativa para describirse a sí mismos como “varones diferentes anti machos” y a la vez encubren en su discurso a otros varones machos y violentos, mientras que los otros varones, sin tener acceso a esta información reconocen el machismo y la violencia, pero justificándola y minimizándola.

El enfoque de la tesis es feminista, los autores y autoras más destacadas son aquellas que cuestionan la existencia de otras masculinidades, aquellas, aquellos que desarrollan teóricamente y visibilizan las violencias masculinas, autoras y autores con investigaciones sobre programas de varones con perspectiva de género y autoras que desarrollan investigaciones de la transversalización de la perspectiva de género en las Universidades, entre las, los más relevantes se encuentran las teóricas: Bartra, Buquet, González, Cabruja, Camarena y Saavedra, Cardaci, Gross, Segato, Herrera, Varela y Vilche; y los teóricos: Bonino; De Keijzer; Bergara, Riviere y Baccete; Faur; Heilman, Barker y Harrison; Kaufman, Minello, Núñez, Pizarro, Schongut.

La investigación sucedió en dos momentos, uno antes y otro después de la pandemia. El antes fueron la elaboración y redacción de todos los apartados hasta antes de los resultados, incluyendo el proceso de metodológico y sus técnicas: grupos de discusión y las entrevistas semiestructuradas; el después fue analizar y escribir resultados, así como tener mucho tiempo para seguir leyéndome, recibiendo la compañía y retroalimentación de Nancy y continuar en la búsqueda de otros conocimientos y tomar otras decisiones políticas, entre ellas eliminar teóricos acusados de violencia que estuvieran en mi tesis, buscar más teóricas mujeres y cuidar la visibilidad de ellas en mi proyecto de investigación.

El objetivo general de la tesis fue analizar la construcción de la masculinidad en estudiantes varones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Colima; los objetivos específicos: realizar un diseño teórico-metodológico que permita abordar de manera sistémica la construcción de la masculinidad; definir los ámbitos institucionales en los que se desarrolla la transferencia del modelo de creencias y prácticas de la masculinidad hegemónica/tradicional en Colima; explicar los agentes que hacen que los estudiantes varones de la Facultad de Psicología reflexionen y cuestionen su masculini-

dad; identificar en el discurso los rasgos de la masculinidad hegemónica que persisten, cuestionan, cambian o eliminan los hombres estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad de Colima.

Los principales aportes de mi tesis fueron: encontrar que la representación del hombre de Colima como un sujeto tradicional, machista, que ejerce roles tradicionales de género, que busca ejercer el control, dominio y tener poder; la presión social que viven los varones para ser ese modelo rígido desde la infancia; las disonancias cognitivas que presentan los varones de psicología respecto al haber sido socializados como *hombres* en un modelo de masculinidad hegemónica y las nuevas informaciones sobre otras posibilidades que tienen para expresarse, ejercer otras prácticas más igualitarias y equitativas son *sujetxs* no masculinos, así como el reconocer las violencias que ejercen.

Los varones solucionan estas disonancias adquiriendo una moral convencional al tener una información previa del ser hombre y otra diferente en la optativa IPG, esto genera un conflicto moral entre lo que debe hacer o no hacer y se ajusta a lo aprendido (al menos en discurso) por ello hacen una discriminación positiva de su grupo, es decir de los varones que cursan la optativa; otras formas de solucionar las disonancias son negando que los varones en la facultad ejercen violencia, rechazan discursivamente el machismo, diferenciándose de los machos, el machismo forma parte de la identidad negada de los varones; este grupo experimenta un proceso de desvinculación grupal como parte del alumnado de psicología, percibiéndose como parte del grupo de “los buenos”. Los varones buscan camuflajearse para adaptarse a la facultad a través de un discurso elaborado con la información aprendida en la optativa.

Por otro lado, el grupo de varones que no cursaron la optativa y por lo tanto no recibieron la misma información, solucionan la disonancia cognitiva justificando la violencia y el machismo, empatizando con los varones que los ejercen porque ellos “así fueron educados”. Niegan las consecuencias que tiene la violencia en terceras personas; este grupo de varones normaliza la violencia y se refuerzan positivamente a sí mismos por no ejercer violencia física, que es el único tipo de violencia ante la que exclaman su rechazo verbalmente.

Realizar un diseño teórico-metodológico que permita abordar de manera sistémica la construcción de la masculinidad también fue otro aporte metodológico. Considero que fue la relación entre la elección de la teoría feminista en congruencia con la aplicación de un método feminista y la perspectiva de género lo que me permitió ir al encuentro de un estudio no sexista, androcéntrico, ni machista del estudio de la masculinidad. Además el feminismo es una invitación (obligada) al cuestionamiento, reflexión y crítica continuo en cada momento del proceso metodológico, por lo que la elección de teorías, autores y autoras, la forma en que me relacioné con los participantes, el acompañamiento y asesoría de una psicóloga feminista, la aplicación de técnicas de recolección de información y las de análisis de información hasta la exposición de resultados, revisando cómo comunicaba y qué buscaba visibilizar desde mi implicación e interés político, el todo fue construido y revisado con cuidados y crítica feministas.

Este proyecto también evidencia que la aplicación del método feminista en el estudio de la masculinidad disminuye los sesgos androcéntricos y sexistas, lo que significa ser más “objetivo”. Además, desde este método no se ignora la situación específica que viven las mujeres, relacionada con la violencia masculina que ejercen los varones, visibilizando este problema social que vivimos como género.

También me parece importante volver a traer esta frase que me pareció muy acertada “las técnicas no son feministas sólo la forma en que son aplicadas” ... si bien las dos técnicas que utilicé han sido priorizadas por el método feminista, yo creo que para aplicarlas y para llevar a cabo si quiera una investigación no sexista ni androcéntrica y crítica ante los discursos patriarcales, se debe tener una sensibilización previa y una posición establecida antes de llevar a cabo un proyecto de este tipo, es decir no se elige un método feminista sin identificarte con los posicionamientos feministas, con el movimiento político-social y sus intereses, porque precisamente este punto es parte de la implicación que también sugiere aclararse desde este método. Investigo y genero conocimiento sobre un objeto de estudio determinado porque algo me implica hacerlo de mi situación personal, contextual y social.

No sé qué tanto podría definir lo siguiente como un aporte científico pero cambió mi forma de escribir y me hizo regresarme a re-redactar la tesis, ocurrió durante la fase de sistematización, al ordenar y redactar los resultados, que encontré a Clough quien me permitió escribir con manos nada rígidas los resultados que encontré, rompiendo con la forma tradicional, formal, objetiva (una formalidad y objetividad desde el entendimiento masculino) pude a lo largo de la tesis hablar en primera persona que sería considerado erróneo desde otro enfoque, hice uso de metáforas, de expresiones irónicas y sarcásticas, que según esa autora son formas comunes que usamos las mujeres para expresarnos.

Respecto al interés político, también exponerlo formó parte del tipo de investigación exploratoria y permitió una investigación más neutra porque no se dejó a interpretación ni a inferencias de quien leía la tesis. En esta investigación el interés político es analizar cómo se construye la masculinidad desde una perspectiva de género, para conocer posibles agentes que influyan en los varones dirigido a reflexionar y cuestionar el machismo y violencia que ejercen hacia niñas y mujeres, con intención de que al encontrar estos agentes se pueda construir un dispositivo de intervención. Se estudia en pro de las mujeres y las niñas.

Otro aporte relacionado a mi segundo objetivo de investigación fue encontrar cómo las instituciones influyen en el proceso de construcción de la identidad masculina a través de la convivencia y modelado de otros varones, de la presión que ejercen el grupo de hombres como evaluadores de la masculinidad y también de las mujeres que al estar inmersas en este sistema también pueden transmitir las normas, prácticas y discursos que construyen la masculinidad. A través de las instituciones los varones aprenden que deben ser proveedores, caballerosos, autoridad, jefes del hogar, poseer mujeres, acosar a las mujeres sexualmente y percibirlas como objetos sexuales, sujetos débiles que necesitan su protección; a iniciar a temprana edad su vida sexual, fumar y beber alcohol; ser heterosexuales; ejercer violencia psicológica hacia otros varones; omnipotentes y machistas. Conforme ellos cumplan o no con estas exigencias serán valorados por otros varones quienes establecen “el nivel de hombría que tienen”.

Analicé que el proceso de crianza, a través de la institución familiar, influye en los varones en el aprendizaje o rechazo de algunos rasgos de la masculinidad hegemónica, siendo las madres las que enseñan rasgos opuestos y el padre, que puede ser elegido como modelo a seguir por los varones es el que obstaculiza la resistencia a las exigencias de la masculinidad hegemónica, pues es un vigilante más que premia a sus hijos varones al ejercerla.

Los aportes respecto a los agentes que hacen que los estudiantes varones de la Facultad de Psicología reflexionen y cuestionen su masculinidad son situaciones particulares e individuales: la relación entre el padre y la madre; la relación de poder-violencia del padre con otras mujeres; observar el sufrimiento de mujeres cercanas y queridas por la violencia masculina que viven; la discriminación hacia las personas homosexuales desde la religión; haber sido presionados a tener varias parejas sexuales, a rechazar el trabajo doméstico, a perder la virginidad antes de los 18 años.

Uno de los agentes más importantes que motivan a los varones a reflexionar y cuestionar la Masculinidad Hegemónica (MH) son “las mujeres”, específicamente mencionan a mujeres que son feministas. El recibir información nueva de estos grupos de mujeres hace que los hombres intenten romper con lo que han aprendido, esta información también la encuentran en espacios que proporciona la Facultad de Psicología como la asignatura optativa introducción a la perspectiva de género, en la que los varones aprenden a cuestionar la violencia masculina, el machismo, la heteronorma, las identidades de género, pero logran el análisis, crítica y cuestionamiento hacia sí mismos únicamente si tienen voluntad e interés. Dado que este espacio no es obligatorio, un grupo de varones y otro tienen información y conocimientos diferentes respecto a temas que es necesario abordar por el contexto machista y violento en el que vivimos y la carrera que estudiamos que está directamente relacionada a intervenir con personas que viven en este contexto machista y violento.

Sin embargo, estos conocimientos no son aplicados y únicamente influyen en los varones para estructurar un discurso más elaborado y fundamentado que encubre a otros varones y a sí mismos. Los agentes de cambio motivan a los varones a reflexionar y cuestionarse sin cambiar sus prácticas. Mi interpretación es que estos no

pasan a la acción porque les es cuestionada su identidad masculina, lo cual coincide con que la presión social de otros varones es un obstáculo para el cambio de pensamiento y comportamiento.

Algunos de los rasgos que los varones han cambiado a lo largo de su vida son el dejar de romper acuerdos de exclusividad con mujeres con las que se relacionan; no ser machista sólo para ser aceptado por un grupo de varones; dejar de acosar sexualmente a las mujeres; abandonar los lazos de amistad que le obligaban a hacer cosas para hacerse hombre; y por último relacionarse desde la comunicación, responsabilidad afectiva, respeto con las mujeres y hombres que son sus vínculos sexuales y afectivos y abandonar las exigencias del amor romántico entre ellas la celotipia. Uno de los rasgos que los varones no ejercen o eliminaron es el ser homofóbicos.

Hay rasgos aprendidos según sus experiencias de vida que se oponen a rasgos que exige el modelo de MH. Uno de los rasgos en el que coinciden todos los varones es el compartir el trabajo doméstico en casa, aunque algunos padres de estos varones muestran rechazo a su participación y que esos mismos padres no participan en el trabajo doméstico.

Mujeres que impulsan a otras mujeres

Antes de escribir mi tesis, decidí que quería hacer un verano de investigación en la Academia Mexicana de las Ciencias, pasé el verano de 2019 en Puebla, México, con el acompañamiento y asesoría de la doctora que elegí: Mirza Aguilar, quien me interesó por su trayectoria en investigaciones con mujeres migrantes, mujeres que eran trabajadoras domésticas, violencia hacia las mujeres, entre otros temas.

El contexto que acompaña este verano fueron emociones encontradas: por una parte, felicidad de cumplir con los requisitos para irme de verano con la investigadora que elegí y, por otro lado, miedo y ansiedad de desaparecer en Puebla, como las niñas, adolescentes y mujeres que desaparecen en ese estado, repetía mi familia, las noticias que comencé a leer, los datos de violencia hacia las mujeres y niñas en la entidad; aunque después pensaba ¿no es el mío el más peligroso según las estadísticas?, ¿no era Colima más violento? Sí, pero al menos me sabía acompañada si algo me pasaba, cuando algo me pasa. Hecha un rompecabezas de emociones y

teniendo más información de la necesaria sobre violencia, me fui a hacer investigación.

La investigación que hicimos Mirza y yo fue con niñas y adolescentes que participaron ese año en el campamento de empoderamiento científico para niñas; el objetivo del artículo fue visibilizar la importancia de la perspectiva de género para incentivar la vocación científica en mujeres jóvenes, centrándonos en un estudio de caso específico que es el “Campamento de empoderamiento científico: Por más mujeres en la Ciencia y la Tecnología INAOE-Conahcyt”. Este campamento es un proyecto del Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica apoyado por el Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías, y su objetivo es promover, fomentar y fortalecer la inclusión de las mujeres en la ciencia desde temprana edad. En la edición 2019 fueron elegidas 31 adolescentes mujeres del estado de Puebla y 1 de Oaxaca.

La metodología que aplicamos fue cualitativa y las técnicas que se implementaron fueron: Investigación-acción por medio de un taller de género, diversidad sexual y derechos humanos, observación participante, así como entrevistas semiestructuradas aplicadas a 6 adolescentes que asistieron al campamento, 3 a organizadoras y 3 entrevistas a científicas que participaron como ponentes en el campamento.

Los aportes más relevantes de esta investigación fueron: conocer casos de mujeres que habían participado en campamentos anteriores y que posterior a esa experiencia decidieron por estudiar una ingeniería; la importancia de proyectar en las infancias y adolescencia modelos de mujeres profesionistas no solo de carreras estereotipadamente femeninas sino también aquellas carreras consideradas que son para hombres; la influencia de las mujeres en las adolescentes para que apliquen al campamento, en todos los casos fueron motivadas por profesoras de sus secundarias o bachilleratos; las adolescentes entrevistadas problematizan los contextos en los cuales viven, piensan en las mujeres de su comunidad, en que las adolescentes embarazadas puedan seguir teniendo la oportunidad de estudiar, en las violencias que viven en la calle, en sus familias y en la escuela, el machismo comunitario y de la policía, en los matrimonios forzados y las violaciones a adolescentes.

“Es por eso que muchas mujeres sí sueñan, nos dan alas para volar, pero nos las cortan” (participante 5, 2019).

El campamento hace sentir a las adolescentes un espacio en donde se sienten valiosas, que sus opiniones son válidas e importantes; lo que más las motiva de la información que reciben no son los conocimientos científicos, sino que aprenden a valorarse como mujeres a partir de proyectarse en la seguridad y logros de las ponentes científicas. Por otro lado, el identificarse y tener diálogos con otras adolescentes que viven contextos similares, las hace cuestionarse grupalmente y expresar la necesidad de comunicarse más entre mujeres, generar espacios para hablar de las experiencias que viven.

Han pasado dos años y medio desde ese verano, he tenido acceso a otras lecturas, otros conocimientos e informaciones, ahora que vuelvo a hacer un análisis del artículo escrito reflexiono que las adolescentes identifican violencias que las mujeres de su familia no reconocen, ni nombran aunque las hayan vivido desde niñas con los varones de su familia, con los varones que se vuelven sus parejas, con los “uniformados”; son las adolescencias las que tienen información nueva para las adultas, son ellas quienes quieren denunciar, quienes comprenden que por la edad las mujeres adultas “aguantan” y además porque dolorosamente saben desde niñas que las autoridades no hacen nada.

Método feminista en la construcción de la masculinidad²

En octavo semestre, realicé mis prácticas profesionales en el proyecto del cuerpo académico 110: Género y Prácticas Culturales de la Universidad de Colima, en el eje de “Violencia de género y agencia en las mujeres que viven en los albergues de jornaleros migrantes” realizado febrero y julio del 2019 en el albergue ubicado en el Trapiche, Colima. Elegí hacer mis prácticas en este proyecto porque podía aprender y practicar en el área de la psicología que

² Capítulo en el libro *Del diagnóstico al vuelo de las golondrinas: propuestas metodológicas para el trabajo con familias jornaleras migrantes*.

más llamaba mi atención, la psicología social comunitaria, además que el eje específico en el cual participaría era el que tenía que ver con mujeres, violencias y agencia desde la perspectiva de género.

Las actividades que aprendí y realicé en este proyecto incluyeron: varias capacitaciones por parte del cuerpo académico, aplicación de encuestas de datos sociodemográficos en los albergues jornaleros del municipio de Cuauhtémoc, Colima, ejecución de técnicas de recolección de información tales como: observación participante, entrevista semiestructurada, diario de campo; planeación y desarrollo de talleres para las mujeres que habitan en el albergue y por último reuniones para exponer las observaciones y aspectos que percibíamos de las interacciones, espacios, contexto que estábamos abordando.

Además, en el acompañamiento y capacitaciones fuimos sensibilizados y sensibilizadas para las interacciones con los y las personas de los albergues, teniendo presente que éramos extrañas para ellos y ellas, que no nos debían información, por lo tanto lo que no quisieran compartir estaban en su derecho y libertad de negarse a dárnosla; nos enseñaron a relacionarnos horizontalmente con ellos y ellas y a retribuirles el tiempo, espacio, datos que nos proporcionan, informando qué se hará con la información obtenida, respondiendo a sus dudas relacionadas con el proyecto, y posteriormente haciendo talleres para las mujeres. Varios de estos aspectos no los había aprendido en 4 años que llevaba estudiando psicología, el que era totalmente nuevo para mí era el de *horizontalidad*, que era totalmente opuesto a los conceptos verticales que aprendemos desde primero en donde el o la psicóloga “intervienen”, “educan” y a los, las cuales “se les debe” información para producir conocimiento.

Recuerdo que en nuestros diarios de campo debíamos registrar lo que observábamos y escuchábamos referente a las condiciones de vida de las personas que vivían en los albergues, por ejemplo: ¿qué albergues tenían una mejor fachada? Y si esto tenía relación con la zona en la que se encontraban ubicados, ¿los albergues más descuidados de sus instalaciones estaban visibles para la sociedad u ocultos?, ¿quiénes hacen el trabajo doméstico y quiénes el trabajo fuera de casa/remunerado?, si había escuela cerca del

albergue o en el albergue; los materiales de los que estaban hechas sus casas; cómo estaban organizadas las casas, qué servicios tenían, si en el albergue podíamos detectar factores de riesgo (por ejemplo, las personas andaban descalzas y había vidrios en el suelo, no había piso, solo tierra, había basura por todos lados, no había control de las mascotas que tenían en los albergues y había muchos niños y niñas pequeñas); también pudimos observar que una gran cantidad de personas ahí hablan náhuatl, que muchos matrimonios fueron consumados entre 2 menores de edad o entre una mujer menor de edad y un hombre mayor de edad; entre otras.

Era la primera vez que la observación me era dolorosa, la escucha anteriormente ya me había generado nudos en la garganta y nuevamente no tenía sentido aquello que me decían profesores y profesoras de áreas “frías” de la psicología (que no deberían serlo, pero así nos las presentan) lo primero que nos dicen es que no debemos expresar gestualmente emociones muy visibles a los y las “pacientes” con quienes “intervenimos” pero a la vez debíamos hacer *rapport* y “ganarnos” su confianza (pero era una búsqueda fría porque no había permiso de ser con ellas) ¿desde la frialdad cómo construyo confianza sino es fingiendo? No podía fingir porque lo que escuchaba y observaba me molestaba o me generaba tristeza, me parecía que esos espacios habían sido olvidados por el gobierno y la única forma de ser honesta era lo opuesto a lo que había aprendido antes, ser, porque me resuena, porque me hacía nuevamente identificar y revisar privilegios que tuve/tengo, y porque simplemente no me hacía sentido pedir información si yo no lo daba, y las emociones son información, lo corporal (lo aprendí de la danza) es información, y lo más horizontal era también compartirla.

Posteriormente, durante la pandemia, el cuerpo académico me invitó a escribir un capítulo para el libro que ellas escribirían sobre este proyecto y aunque me asustaba escribir con personas que admiraba y admiro mucho dije que sí con el miedo acompañándome. Yo elegí escribir sobre el uso de un método feminista desde una metodología cualitativa para conocer cómo se construye la masculinidad desde las experiencias de las mujeres migrantes. El objetivo general fue: proponer el uso de un método feminista para analizar la construcción de la masculinidad de los hombres migrantes del

albergue cañero del Trapiche, Colima, Col. Los objetivos específicos fueron: analizar la construcción de la masculinidad de los hombres migrantes a través de la narrativa de las mujeres migrantes y relacionar los resultados encontrados con el método utilizado.

El interés político en esta investigación fue considerar a las mujeres como sujetos activos, visibilizando su voz y valor a lo que expresan, además del poder de expresar lo que por años se ha elegido que expresen otros sujetos que no sean mujeres, el poder de generar conocimiento y discurso, así como de evidenciar otros aspectos referentes a la violencia relacionada o vinculada a la masculinidad, a la paternidad, al consumo de alcohol, entre otros elementos que los hombres, insisto, pudiesen normalizar o no exponer.

La descripción del proceso metodológico inició expresando mi implicación y ahí escribí explícitamente que comenzaría así porque es de aquí de donde viene el impulso por construir un proyecto de investigación, nace de preguntas, problematizando algo que me preocupa, algo que cuestiono, critico, lo que nos mueve, lo que se resiente, algunas preguntas que me acompañaron fueron ¿por qué un método feminista?, ¿por qué una teoría crítica?, ¿para qué dar voz a las mujeres?, ¿por qué hablar de la construcción de la masculinidad?, ¿por qué he elegido estas categorías y no otras?, ¿qué observé?, ¿qué contenido seleccioné y analicé para agruparlo en las categorías elegidas?, ¿cuál es mi vínculo con las participantes?, ¿por qué quiero escuchar su perspectiva y sus experiencias?, ¿qué he elegido no ver?

Mi implicación en este proyecto no se diferencia de los anteriores, el impulso por conocer lo que construye la identidad de los varones viene de la escucha a mujeres que quiero, también de mujeres que no conozco y no están en mi cotidianidad y de las vivencias propias como cuerpo. Nuestra biografía se activa, aunque el método científico dicte neutralidad. Pero si pretender ser neutras, neutros es insistir en suponer la ausencia de implicación por parte de la investigadora, investigador falsearía, ella misma, la realidad (De Keijzer, Martínez y Peñaranda, 2015).

Una de las prácticas que se realizan desde este método es la “deconstrucción”, de decir analizar meticulosamente y cuestionar lo que ha sido publicado para descubrir los sesgos sexistas e inten-

tar corregirlos (Bartra, 2012). En esta investigación esta práctica se buscó crear una perspectiva que permitiera re construir-vincular el significado que se le ha dado a la masculinidad, dándole voz a las mujeres de este contexto en específico.

Elegí a mujeres como participantes/informantes claves ya que algunas teorías del conocimiento derivadas del marxismo afirman que el ser oprimido, en este caso las mujeres, tienen un privilegio cognoscente, cuentan con dicha ventaja por sobre los varones según los estudios feministas, debido a su situación y experiencia de opresión, por lo que los datos que me proporcionaron fueron brindados desde su experiencia viviendo con seres masculinizados, y beneficiados históricamente por la ideología dominante (Tena, 2012).

Históricamente las mujeres hemos sido descritas a través de los ojos de lo masculino, lo masculino como “gafas”, como esta perspectiva que desde ciertos valores y características a su vez caracteriza lo que es “ser mujer”, cómo debería ser una mujer y el qué deben hacer las mujeres. Estas “gafas” no sólo han descrito y asignado el quehacer femenino, sino que también lo han hecho hacia los sujetos masculinos, se han dedicado a analizar cómo es “ser un hombre”, con sus propias gafas. Para Bartra (2012) el método feminista tiene el objetivo de crear nuevos conocimientos que ya no se centren únicamente en qué hacen, piensan y sienten los hombres.

Me relacioné con las mujeres como *actoras sociales*, Bartra define así el reconocimiento del rol protagónico en la organización popular, en los ámbitos sociales como lo son los albergues de migrantes, espacios marginados; como Beatriz Dibós (1984) *agentes directos* de su comunidad y Annette Backhaus (1988) que las percibe como protagonistas que se crean a partir de la necesidad de afrontar la situación aguda de pobreza e injusticia social (citado en Bartra, 1992).

Para la recolección de datos se realizaron entrevistas semiestructuradas tomando en consideración el consentimiento de las mujeres para compartirnos o no información y respetarlo, también sus tiempos y sus actividades, lo cual implicaba adaptarnos al espacio en el que estuvieran trabajando en el albergue. Las entrevistas me permitieron generar una comunicación abierta con las participantes, dejándolas expresar lo que ellas desearan. Al inicio el diálogo era abierto y flexible, por ejemplo, “Háblame de tu fa-

milia de origen", temas que no estaban directamente relacionados con la masculinidad, aunque en la narrativa los hombres y la masculinidad fueran mencionados.

La metodología utilizada me permitía que al momento de dialogar/entrevistar a las mujeres pudiera mostrarme/ser sensible ante determinados temas y compartir mis emociones con ellas (Beiras, Contreras y Casasanta, 2017), aspecto que se vincula al método feminista, sobre todo por la población con la cual asistimos, que ha sido marginada, vulnerada y hacia la cual se ejerce violencia estructural; además las mujeres, aparte de que se ejerza este tipo de violencia contra ellas, viven la violencia de género en su día a día, ¿cómo íbamos a ignorar o evadir que esto generaría un impacto en nosotras?, ¿es esto la neutralidad?, ¿no es esto crueldad? Opino que sí.

Las preguntas de la entrevista pretendían que las mujeres analizaran y reflexionaran sobre distintas áreas de su vida relacionadas con experiencias propias y compartidas con los varones, lo cual impacta y genera cambios, que podrían o no proceder con la emancipación y liberación de ellas.

El guion de la entrevista lo construimos identificando los ejes que correspondían al entorno de la mujer migrante, considerando que las preguntas nos aportarían información de los espacios y/o situaciones en las cuáles conviven con los hombres, aquellos que aportarían información sobre la construcción de la masculinidad, para lo cual se identificaron los espacios o situaciones en los cuales las mujeres a lo largo de su vida interactúan con los hombres. Una vez identificados estos espacios/situaciones/instituciones y conceptos, los ejes quedaron así: Familia de origen de la mujer, Relación de pareja, Relaciones interpersonales en el albergue, Trabajo doméstico y trabajo remunerado, feminidad y masculinidad.

La primera parte de la entrevista tenía preguntas generales sobre las mujeres y su experiencia como mujeres, sus relaciones, su cotidianidad y aunque no preguntamos nada respecto al hombre y a la masculinidad, ellas iban aportando información sobre el objeto de estudio; al hacer preguntas más específicas sobre ellas, nos brindaba más información sobre ellos, porque las mujeres del albergue, así como muchas otras tienen una vida de experiencias rodeadas de hombres, sean estos sus padres, abuelos, novios, esposos, parejas,

hijos, etc. En la parte final de la entrevista, hicimos preguntas específicas sobre la masculinidad y sobre los hombres, son de las que se obtuvo información más específica sobre el objeto de estudio.

Una decisión al momento de dialogar/entrevistar a las mujeres fue dejar que ellas se expresaran sin interrumpirlas ni intentar que no se “desviarán” del tema, considerando que tal vez se necesitaría más tiempo para entrevistarla en otras ocasiones, pero si ese era un espacio horizontal entonces ellas también debían tener libertad para expresar sus ideas.

Como principales resultados encontré que el respetar-consensuar con las mujeres permite construir la horizontalidad entre investigadora-extraña y mujeres-participantes-actoras, así como el adaptarnos nosotras al espacio, actividades y horarios de las mujeres y no al revés. Igualmente, la decisión-acción de no ocultarles a las mujeres aquello que nos generan y mueven ciertos temas en particular, nos permitió generar confianza y considero que esto hacía que al momento de sentirnos humanas ellas se abrían más a expresar sus emociones y compartían con más apertura la información, porque en la emoción que nosotras compartíamos naturalmente está la implicación y la información que nosotras dábamos a la mujer-participante-actora social, de otra forma no le hubiese permitido conocerme ¿habría horizontalidad si solo se pretende que una de las partes comparta información y la otra no? Opino que no, además toda acción, omisión, gesto o la nula expresión de estos, envían mensajes a las personas con las cuales nos comunicamos, en este caso las participantes, son información.

Las decisiones tomadas en congruencia con el método feminista me permitieron analizar, desde la perspectiva de género la construcción de la masculinidad, evidenciar la situación que viven las mujeres migrantes en relación a su situación como migrantes indígenas, el tipo de relaciones que tienen con los hombres, los significados construidos en ese espacio sobre lo que es ser hombre, la situación que viven los hombres en cuanto a su paternidad, factores de riesgo (consumo de alcohol), afectos masculinos, así como visibilizar, sin incurrir en la manera de lo posible en sesgos androcéntricos y sexistas, sobre los problemas de la violencia hacia las mujeres del albergue.

Este fue el primer proyecto en el que aprendí teórica y prácticamente lo que era la agencia y la interseccionalidad, en el

que entendí que las mujeres estamos agrupadas en diferentes categorías sociales que nos hacen vivir experiencias de desigualdad, discriminación y violencias diferentes, algunas acumulan categorías sociales por el contexto del que forman parte y por lo tanto también acumulan violencias. Vinculado a esto comprendí también cómo las mujeres migrantes, como mujeres, madres, humanas, como trabajadoras domésticas tienen sus estrategias-agencia hacia esas situaciones que viven, y que nosotras como psicólogas no tenemos el rol de educadoras sino de acompañantes, no vamos a enseñarles algo en particular, de hecho, creo que vamos más a aprender y construir en grupo (si hay consentimiento para nosotras de entrar en él). La psicología comunitaria y este enfoque de investigación me cambió las formas antes aprendidas de pensar el quehacer en psicología que era más parecido a lo médico, lo vertical, al distanciamiento entre psicóloga y persona, a vaciar información en espacios que creemos la necesitan.

La crisis de los amores monógamos durante la pandemia

Durante la pandemia y en una *habitación propia* ante una realidad de constante dar y ser para los otros, este momento de crisis nos permitió re pensarnos el amor, cuestionar sus mitos, estructura, prácticas, normas, reglas, creencias, así como sus dinámicas de poder más sutiles e invisibles.

¿Qué puso en crisis al amor? Reconocernos sujetas con necesidades, practicar el poner límites, sabernos que deseamos ser también amadas. Previo a la pandemia, hubo dos momentos que considero que influyeron en las mujeres durante el confinamiento para buscar otras informaciones, formas de encontrarnos en espacios virtuales, para dialogar, y estos fueron la marcha del 25 de noviembre del 2019 y el 8 de marzo del 2020; en Colima era la primera vez que más de ochocientas mujeres marchábamos y nos movilizábamos para exigir no ser violentadas, después de eso la pandemia nos mandó de obligado a casa. Esa marcha generó un impacto muy fuerte en las que asistimos, se luchó desde la danza, la poesía, el canto, y todo aquello fue de lo público a lo privado,

durante el encierro a través del arte y del diálogo virtual nos seguimos cuestionando.

Este apartado es un análisis acerca de las experiencias que vivimos las mujeres jóvenes durante la pandemia del COVID-19 con nuestros vínculos monogámicos con varones. En mi experiencia, escucha y observación de las mujeres con las que tuve contacto o un vínculo durante la pandemia, esta fue vivida no solo como una crisis en el sistema de salud en México, sino una crisis para lo íntimo, con los vínculos sexuales, eróticos, románticos o afectivos; la pandemia como *“hecho social total”* *removió y continúa removiendo a las instituciones, sus actores y valores, por el ejemplo al amor como institución* (Ramonet, 2020, citado en Rodríguez y Rodríguez, 2020).

Una de las principales causas de la crisis del amor romántico como institución durante la pandemia es haber tenido tiempo para colectivizar información en redes virtuales con otras mujeres, reflexionar y cuestionar en colectivo, con conocimientos que dialogábamos e intercambiábamos de nuestras experiencias. En el caso de las mujeres bailarinas con las que tuve contacto, estas redes nos permitieron generar intercambio y acompañamiento en procesos creativos a distancia para exponer nuestras vivencias.

Tener tiempo para recibir otras informaciones disidentes de lo hegemónico-relacional nos permitió conocer y después practicar/explorar otros formatos para relacionarnos con vínculos amoroso-erótico-sexuales. Para Eugene Enriquez (2000) los saberes de una institución se discuten mucho después de haberse planteado como indiscutibles. Si una empieza a interrogarse sobre el valor de la institución no se cuestiona sólo el valor de la institución sino la institución en su propio funcionamiento.

Otras causas analizadas fueron las experiencias violentas en la monogamia que generaron subversión (violencia física, psicológica, sexual); inconsistencias en la institución que hacen respecto a las normativas aplicadas diferenciadamente respecto a uno y otro género, por ejemplo, en el caso de la “fidelidad” se castiga a las mujeres que se salen de la norma y a los hombres se les justifica; otra de ellas es la promesa de felicidad y amor infinito que nos hacen a las mujeres por aguantar y sufrir en relaciones violentas,

permitiéndonos cuestionar que quien nos lastima y agrede es la misma persona que supuestamente nos recompensará, el agresor castiga y recompensa a la vez. Nos hemos hecho conscientes que los beneficios de la institución amorosa no llegan, sin embargo, los costes (esperando las recompensas) comienzan a cobrarse poco después del inicio de la relación cuando comenzamos a observar a quien tenemos enfrente y no el modelo prometido (el héroe/príncipe azul) que nos enseña a idealizar la institución.

Távora y Esteban (2008) afirman que para conseguir ser queridas las mujeres recurren a estrategias como intentar hacerse imprescindibles en las relaciones con los otros o renunciando a una parte de ellas mismas como moneda de cambio para conseguir el amor del otro; y en ningún caso han sentido que conseguían alcanzar esta meta impuesta e internalizada.

El cuestionamiento y crítica hacia los mitos de la institución, entre ellos el de los celos/posesión como muestra del amor verdadero; los cuestionamos porque no nos funcionan, nos duelen. Las reflexiones estaban encaminadas hacia el origen de esos celos, y las principales causas fueron el sentir inseguridad por estereotipos femeninos de belleza, mantener/forzar la duración monogámica con un vínculo que siente interés por más personas y además no lo comunica o miente; esto último nos llevó a replantearnos las relaciones abiertas como forma de explorar nuevas formas de vincularnos, dejar de usar prácticas de la institución basadas en creencias de la institución, cuestionándolas y actuando según lo que nosotras mismas en diálogo constante con nuestros vínculos necesitamos y yo y mis vínculos necesitamos, dejar de tener como referente las bases intelectuales del amor institucionalizado.

Estas causas que nos llevaron a re-pensarnos, reflexionar y cuestionar críticamente las violencias que vivíamos, dialogarlas, poder compartirlas, identificarlas, colectivizarlas y construir para nuestro entendimiento lo que es la violencia, definirlo juntas desde las experiencias propias, sacudir la información nueva en el grupo nos llevaron a muchas a la ruptura con nuestros vínculos y a desidentificarnos con la institución del amor romántico, sin embargo, estas rupturas eran acompañadas por otras mujeres (vínculos que siempre han sido disruptivos para el amor, y peligrosos para

el patriarcado) y también por la situación de pandemia que vivíamos, había muchas opciones de recibir terapia gratuita vía virtual o telefónica, por lo que los acompañamientos también eran terapéuticos; igualmente la crisis nos permitió acuerpar otras informaciones para vincularnos y practicar lo nuevo: poliamor, relaciones abiertas, anarquismo relacional, soltería, vínculos sexuales responsables, relaciones amistosas con vínculos sexuales.

Pero la pandemia no nos hizo experimentar las mismas situaciones a unas mujeres y a otras. Las mujeres de las que hablé anteriormente teníamos una *habitación propia*, es decir que en los breves o prolongados periodos de confinamiento tuvimos el privilegio de tener espacios seguros en casa, para escribir, descansar de las violencias de lo público que es sinónimo de lo masculino; para danzar, para crear, para hacer poesía de aquellas violencias que mal nombrábamos amor, y encontrar otras formas de vincularnos y desvincularnos de los varones, dejándolos de priorizar como los únicos sujetos dignos de recibir nuestra compañía, afectos, tiempo y ternuras y cuestionando el único formato hegemónico, patriarcal permitido: la monogamia. Las mujeres que tuvimos tiempos y espacios para dialogar y colectivizar fuimos en general mujeres que estudiábamos en la universidad y otras mujeres artistas, sobre todo bailarinas, muchas de ellas/nosotras feministas. Éramos mujeres que si estudiábamos o trabajábamos podíamos hacerlo en una *habitación propia* y pudimos parar el contacto en el espacio público, porque teníamos un espacio privado.

Por otro lado, había mujeres que fueron obligadas a aislarse en el espacio privado con sus agresores. Durante la pandemia, a nivel global, 243 millones de mujeres y adolescentes entre 15 y 49 años sufrieron violencia física o sexual a manos de su pareja; 137 mujeres han sido asesinadas a diario en el mundo por un miembro de su familia y 14 de los 25 países con mayor número de feminicidios se encuentran en América Latina y el Caribe (ONU Mujeres México, 2020). En México, tan solo en marzo de 2020, el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública reportó que fueron asesinadas once mujeres al día y que, desde inicios del confinamiento aumentaron las llamadas de emergencia por violencia de género. Por su parte, la Red Nacional de Refugios

señaló que, en mayo del mismo año, los centros integrados a esta red ya operaban entre 80 y 110 por ciento de su capacidad (Fernández, 2020). No todas las mujeres tenemos una habitación propia, es por ello que un enfoque interseccional nos permite analizar otras realidades de otros grupos de mujeres.

Había otros grupos de mujeres que no pudieron cuidarse de ninguna pandemia, porque tenían que seguir trabajando fuera de casa, exponiéndose a la pandemia de violencia que nadie tomaba en cuenta y además de los riesgos que en el mundo existían de contagiarse del virus.

A manera de conclusión sobre este análisis, las crisis no afectan de igual manera a los sujetos de una misma institución; el pensamiento crítico en los espacios institucionalizados permite regulaciones más saludables para sus actoras; colectivizar las reflexiones y cuestionamientos de nuestras experiencias amorosas con otras mujeres nos permite ir hacia lo que Margarita Pisano (2004) llama el *AFUERA* de la institución, hacia el yo y el nosotras; los cambios en el nivel micro son posibles si se convoca a quienes estén dispuestas a imaginar, crear y construir otros marcos de referencia y ensayarlos; y por último el analizar al amor como institución permite más fácilmente comprender su carácter de político, pues lo que se piensa como personal, al modificarlo es algo que termina impactando en lo colectivo.

Algunos avances que concluyo respecto a esta crisis del amor romántico es la escucha y acompañamiento entre mujeres para cuestionarnos los espacios en donde la distancia social obligatoria nos hizo revisar críticamente las prácticas con nuestros compañeros afectivos y/o sexuales; explorar y ensayar otras estructuras vinculares íntimas con procesos más saludables para nosotras las mujeres en cuanto a comunicación, afectos, exploración de las prácticas sexuales, introspección de la orientación sexual, acuerdos, límites, actualizaciones en el sentir de las personas implicadas y duelos; re organización y diversificación de nuestros tiempos, cuidados y afectos. Este acompañamiento amoroso es otro gran avance que se resiste al amor romántico que por norma social es entregado a los varones, convirtiéndose en un monopolio de los afectos, cuidados y tiempos de las mujeres, que no solo limita el

cuidado hacia nosotras mismas sino también el encuentro, cuidados y las luchas colectivas entre nosotras.

Otro avance fue el cuestionar otras instituciones como la del matrimonio y la familia; el trabajo colectivo de los afectos, dejar de pensar nuestra experiencia amorosa como algo individual para analizarla como experiencia genérica, comenzar a racionalizar el amor y convocarnos a la realidad como política amorosa (Lagarde, 2000, citado en Saiz, 2013) y ver críticamente lo que internalizamos; cuestionar los mitos del amor romántico porque son violentos para las sujetas que los introyectamos y darnos cuenta de cómo la institución se reproduce gracias a las violencias que vivimos; acercamiento o identificación con la teoría/práctica y o movimiento político feminista.

Uno de los obstáculos analizados fue el hecho de que una institución tan poderosa como lo es el amor romántico busca adaptarse para poder reproducirse (Enriquez, 2000), lo que nos ha llevado a explorar otras estructuras no monogámicas y también en estas vivir experiencias violentas, machistas y sexistas, es decir, explorar otras estructuras no garantiza vínculos no violentos, ya sea porque estas estructuras toman como base el amor romántico y transforman o replantean sus bases partiendo finalmente de lo mismo o porque nosotras como sujetas que fuimos socializadas con su normativa, creencias y valores llevamos a la nueva estructura modificaciones de lo hegemónico que son más de lo mismo o son nuestros compañeros, compañeras amorosos o sexuales quienes aún siguen enganchados, enganchadas a la institución y la reproducen en nuevos modelos vinculares como las relaciones abiertas, no-monogamias éticas, poliamor, entre otras.

Por último, comprendo que, si bien el feminismo nos aporta conocimientos teóricos y prácticos para ser críticas, confrontarnos y construir otros modelos, valores, formas, estructuras, prácticas y afectos para vincularnos, el ser feministas no significa que todas podamos excluir al amor de nuestro proyecto de vida, algo que Lagarde llama sincretismo amoroso, o que podamos eliminar/deconstruir del todo lo que hemos internalizado. A pesar de ello la convocatoria sigue siendo la misma, cuestionar las informaciones y prácticas hegemónicas y explorar/crear/construir/practicar

otras, que se contrapongan, que no nos duelan, que no nos impliquen sacrificar nuestros tiempos, espacios, cuerpos y vidas.

¿Nuevas masculinidades? Camuflar la masculinidad hegemónica

Este apartado es breve, debido a que el artículo recientemente fue enviado a revisión. Esta investigación se deriva de mi tesis de licenciatura *“El machito de oficina”: La construcción de la masculinidad en estudiantes varones de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de Colima*, fue escrito junto a Nancy Molina teniendo por objetivo analizar las prácticas sociales de los estudiantes de la licenciatura en psicología de la Universidad de Colima a través de las cuales se desidentifican, invisibilizan o niegan ejercer una masculinidad hegemónica, nombrándose como “nuevos hombres” a lo cual denominamos como camuflaje de la masculinidad hegemónica. Este análisis lo fundamentamos en los planteamientos teóricos de la masculinidad hegemónica y en las críticas al planteamiento de las nuevas masculinidades.

La crítica a este concepto parte precisamente de que son solo nuevos discursos más no nuevas masculinidades. Se debate lo problemático de la propuesta por lo fácil que resulta a los varones pensar que “cuestionando” algunos elementos de las exigencias sociales y normas hegemónicas los vuelven “no machos” o “nuevos hombres” lo cual es un pensamiento individualizante que no considera la dominación masculina como colectiva, genérica y sistemática (Delgado, 2020). Bonino (1997) argumenta que, si bien hay una diversidad de subjetividades masculinas sustentadas en diferentes creencias, representaciones sociales y valores estas quedan “sofocadas” por el modelo de masculinidad hegemónica.

Las prácticas sociales para camuflar la masculinidad hegemónica que encontramos fueron: dissociarse entre ser hombre estudiante de psicología *versus* ser hombre de Colima; distorsionar el respeto a la diversidad para justificar prácticas machistas; desidentificarse de los machos, la práctica de encubrirse en “ser de mente abierta”; la práctica de minimizar el machismo/violencia que ejercen y, por último, adaptar el discurso en la ciencia psicológica como institución.

Reflexión sobre los procesos de investigación e inquietudes sembradas

Hombre que no eligió nacer de acero,
Hombre aferrado al poder, desgarro,
Hombre.

Triste hombre confundido, cumple con su misión,
Se niega al acercamiento, el contacto y el afecto de otros hombres,
Acérquense al amor despacio, hombres.

No hace falta ser de piedra, no se es más hombre en la guerra,
No hemos de tener la razón.

Hombres de cien mil colores, preguntándose si son o no son hombres.
Hombre, de Pedro Pastor y Los Locos Descalzos

Las reflexiones y cuestionamientos que narro en los párrafos siguientes son tejidos de lecturas feministas, textos de mujeres, análisis de discursos sociales en películas, canciones, poesía, experiencias propias como mujer joven, otras como psicóloga, preguntas que me hice después de leer a *otrxs autorxs*, entre ellos Ulloa a quien me hubiese gustado encontrarme mientras estudiaba psicología en la Universidad. Ahora no sé si terminé un bordado de pensamientos, sentires, preguntas y reflexiones de todo aquello que en años ha sido parte de mis procesos de investigación y práctica psicológica-social-comunitaria y que ahora con este ejercicio de auto-analizar, revisar esos procesos desde AFUERA, vuelvo al bordado para deshacer, formar otras figuras, replantear todo aquello que en ese momento decidí, hice, sentí-pensé, por primera vez me “investigo” a mí misma y reflexiono con este ejercicio de escritura narrativa sobre aquello que me implicó así como desde otra mirada observo otros aspectos que con lo que leía, conocía y hacía no podía hacerme las preguntas que me hago ahora.

Configuración de la encerrona de la masculinidad hegemónica

Los primeros cuestionamientos surgieron al leer lo que Ulloa define como *sobreviviente*, me resonaron con la línea de investigación violencia-masculinidad hegemónica ¿qué grado de violencia hace a alguien sobreviviente?, ¿qué hace que los sobrevivientes tengan el rol de opresor o el rol del oprimido?

Para Rita Segato, el hombre es la primera víctima de los mandatos de masculinidad, por lo tanto, a la vez que tiene el rol de víctima, es victimario porque el mismo mandato le pide ejercer violencia. Sufre los mandatos ¿violenta en busca de hacerse daño propio? Se hace daño y hace daño, le hacen daño y hace daño, pero se reafirma a su vez como hombre.

En investigaciones psicológicas y médicas se ha analizado por qué los hombres mueren antes que las mujeres en todos los países del mundo y se ha encontrado que una de las causas es porque no pueden reconocer su propio sufrimiento. Son obligados a hacer lo que no tienen ganas y a veces a no hacer lo que tienen ganas (Vilche, 2020).

Colima, de acuerdo al estudio del Consejo para la Seguridad Pública y la Justicia Penal es actualmente la ciudad más violenta del mundo. Colima registró una tasa de 181.94 homicidios por cada 100,000 habitantes, la tercera más alta desde que empezaron a realizar este estudio en 2009. El estudio compara las tasas de violencia en Colima con aquellas que se dieron en Colombia a finales de los ochenta, cuando estalló la “guerra” del narcotraficante Pablo Escobar contra las autoridades colombianas para impedir su extradición a Estados Unidos. Nuestro contexto mexicano es el de un *NO ESTADO* de acuerdo a lo que expuso Héctor Domínguez Ruvalcaba en un taller de masculinidades que impartió en la Facultad de Psicología de la Universidad de Colima, el pasado febrero del 2023, también afirmó que las organizaciones del narcotráfico son quienes gobiernan el país, estas afirmaciones igualmente las sostiene Anabel Hernández, periodista que ha escrito libros sobre los nexos entre el gobierno mexicano y el narco (Viña, 2023).

Para Ulloa (1999) el accionar cruel no se refiere únicamente a las violencias explícitas, visibles “a la mesa de torturas” sino a lo

que sostiene esas prácticas, las estructuras logísticas, políticas, sociales, religiosas, jurídicas.

Poniendo como ejemplo el narcotráfico, son las estructuras mencionadas en el párrafo anterior que sostienen las violencias que vivimos pero además producen violencia estructural, esto genera posiciones de poder respecto al género, raza, color, origen, capital económico, orientaciones sexuales, expresiones de género, morfología de los cuerpos, haciendo que los cuerpos de los varones de un contexto específico, vulnerado y sin garantía práctica de derechos, en palabras de Ulloa en un contexto de crueldad estatal y política, sin trato digno, sin ternura, haya un espacio para sobrevivir y ese espacio es el del narco, pero es un espacio para los cuerpos de los varones, quienes pasan de un contexto cruel a otro más violento, para ejercer más violencias, apoyados por el estado, la organización del narco, el sistema jurídico y algunas comunidades en donde “no hay gobierno”. “La crueldad excluye al tercero que es la ley, no supone una presencia concreta” (Ulloa, 2005, en Silva, 2010, p. 31).

En México, la crueldad también la produce la ley, por lo tanto, no puede haber un tercero de apelación, de hecho, nunca. No hay una terceridad que apele por el niño en situación de pobreza, y no lo hay tampoco después cuando ese niño es hombre, sobreviviente. Y aunque con este ejemplo quiero hacer alusión a los cuestionamientos respecto a la masculinidad y el narcotráfico como encerrona trágica, insisto que el varón es víctima y a la vez victimario en ese encierro. Esta encerrona se configura con el hombre sufriendo el maltrato que ejerce y a su vez sufriendo el maltrato que otros varones ejercen contra él.

¿Qué hace que un sujeto desee abandonar la masculinidad instituida?

El deseo entendido como un afecto, se revela como natural, pero es más bien parte de una estructura política sistematizada (Haraway, 1990, citado en Moretti y Perrote, 2019). La masculinidad hegemónica no solo es una institución por sí misma, sino que se sostiene de instituciones que la reproducen, esto genera que su

núcleo no tenga modificaciones, como sostiene Ulloa las instituciones no cambian, y de hecho aquellos que intentan modificarla son excluidos, se repelen las modificaciones o se adaptan para que eso que surge como nuevo, se adopte a lo instituido, hasta que sea consumido por este núcleo y entonces sea más fácilmente borrado. No se rechaza de tajo, hay aspectos sensibles cuando se protestan, por ejemplo, la violencia, se necesita en discurso aceptar que se reniega de esta, aparentemente las instituciones la reniegan, mientras conviven con ella, y la producen, hacen como que se hace por erradicarla, entonces pareciera que la protesta afectó el núcleo, porque la queja, que se queda en algo narrado viene de ese lugar, pero solo son algunos sujetos los que la abandonan.

Si no nos colocamos en espacios externos a la cultura vigente, no podremos crear ni ensayar otras formas de vida, en lo íntimo, lo privado y lo público (Pisano, 2004) hablar desde el sistema apela a lo instalado, si se modifica lo institucionalizado, lo válido, no hay cambios. Si los varones cambian, se vuelven extranjeros en el patriarcado, algo similar a lo que ocurre con las mujeres desde que nacemos, ya somos esa otredad, los hombres hasta que traicionan la institución adquieren esta calidad de extranjería, lo cual me resuena con la siguiente cita de Ulloa: “La institución no cambió, pero varios de nosotros nos organizamos, nos capacitamos y logramos cambios en nuestro sector, o bien vimos que la institución se resistía al cambio y nos fuimos, fundamos otra institución distinta” (Ulloa, en Lipcovich, 2010, p. 24).

Quienes se van, quienes abandonan, se vuelven extranjeros. Para Pisano (2004) esto equivaldría al AFUERA, es decir, se abandona cuando se tiene la capacidad de problematizar, cuestionar y ser críticas sin que haya espacios intocables, se revisan las religiones, la ciencia, la historia, la filosofía, la política, los ritos y costumbres, la medicina, la moral, los amigos, la pareja, la familia. Solo reivindicar o hacer transformaciones de lo ya establecido no genera ideas distintas sino adaptaciones.

Entonces ¿hay posibilidad de cambio para los varones? Para Ulloa cada vez que algún saber o alguna cultura distinta, amenazan con mover su precaria estructuración psíquica, el cruel despliega tres acciones: la exclusión de lo que considera distinto, el odio y,

cuando puede, la eliminación lisa y llana no sólo del saber contradictorio, sino de quien lo sostiene. Este “saber eliminador” pretende conocer toda la verdad acerca de la verdad, a esto es lo que se llama *saber canalla*, negación de todo saber curioso atento a lo distinto, a lo extraño.

En este sentido creo que “el cruel” que excluye, violenta y elimina son los mismos sujetos que se formaron en la institución, se reproducen para convertirse en aquello que fue cruel con ellos, con aquello que les encerró, para después encerrar. Para Segato (2021) las formas de crueldad que los varones ejercen contra las mujeres nacen en el mundo colonial, ese odio contra las mujeres no era propio de la estructura comunitaria previa, hasta que la colonia “encerró” a los hombres “nuestro mundo criollo es un mundo letal para las mujeres” (p. 181) el hombre tuvo que transformarse y adaptarse, elegir entre el hombre blanco o su mujer, sus hijos y su casa. Frente a ese modelo conquistador, con poder, vencedor de la masculinidad blanca, el hombre conquistado “se transforma en el colonizador de casa” (p. 182).

Considero que puede haber cambios que son aislados, individuales de varones que tienen experiencias particulares que les hacen cuestionarse y cambiar prácticas, pero son esos cambios aislados, hombres que traicionan el patriarcado, lo cual es necesario, sin embargo, la institución no se ve afectada, no cambió la masculinidad, cambió el varón. En el caso de que los varones de forma organizada y colectiva hagan ruptura de los mandatos hegemónicos y patriarcales entonces hay posibilidad de que se pueden institucionalizar prácticas nuevas para el ejercicio de una masculinidad crítica.

El grupo de varones antipatriarcales, proponen “la despatriarcalización de la vida”, reflexionan en colectivo el modelo de masculinidad hegemónica como limitante para su desarrollo y además limitante para los sujetos no masculinos; analizan las demandas sociales del movimiento de mujeres; cuestionan y reconocen las ventajas y los beneficios que se obtienen por el hecho de ser hombre y la subordinación y las violencias necesarias para producir dichos privilegios, agencian por la erradicación de las violencias contra las mujeres, el acceso y libre ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos (García, 2017).

Para García (2017) los varones y colectivos antipatriarcales están generando crisis del modelo hegemónico de masculinidad, sin embargo, los límites y riesgos que traen para sí mismos es reproducir las prácticas del modelo que quieren transformar o, peor aún, instaurar un modelo de masculinidad que, por libertario que sea, mute en normativo y, como todo modelo, se convierta en excluyente e inalcanzable. Pisano (2004) señala que, si los varones que instalaron la feminidad en las mujeres, quieren recuperar para sí mismos lo que encuentran deseable de la feminidad, creada por ellos y para ellos, solo están transitando de un patriarcado fuerte y duro hacia una masculinidad más plena y suavizadora de sus exigencias y, sobre todo, de sus responsabilidades actuales e históricas. Para esta autora ese sería el máximo triunfo de la masculinidad.

Los hombres que una vez fueron niños: repensar las infancias, crueldad vs. ternura

Si las mujeres no nacen, se hacen ¿no es lo mismo con los hombres? ¿El niño es un sobreviviente de los mandatos de masculinidad? ¿Qué hace que la niña como sobreviviente no ejerza la violencia de la que fue víctima en la niñez y los niños al ser hombres adultos sí? ¿Hay dos tipos de sobrevivientes? “Sí, hay una crueldad del sobreviviente de la destrucción social: él va matando, a la busca de su propia muerte” (Ulloa, 1999, p. 24).

En el sentido en el que la violencia genera consecuencias para la salud física, mental y emocional ¿quiénes la vivimos no somos sobrevivientes? Desde ese cuestionamiento la crueldad del sobreviviente debería verse reflejada en todos y todas puesto que su ética es la violencia (Ulloa, 1999) sin embargo, haciendo una distinción genérica, las mujeres recibimos desde niñas la consecuencia de la violencia que vivieron los varones, entendiendo con ello que estas violencias generaron nuevas víctimas y nuevos victimarios ¿es el sobreviviente el que va matando? O hay un permiso para ciertos cuerpos para matar-violentar y para la otredad, las mujeres, las disidencias, *lxs* que no se adaptaron a la norma, los que no sean hombres solo tienen el espacio en el rol de recibir ser *violentadx*.

Los hombres mueren mucho más por asesinato, pero también matan en la misma proporción, hay proporcionalidad entre el grado de violencia letal que ejercen y la que reciben. Las mujeres, en relación con lo que matan mueren muchísimo más de asesinato que los hombres (Segato, 2021, pp. 177).

Relacionado a mi cuestionamiento respecto al niño/hombre me surgió la siguiente pregunta: ¿las infancias que son criadas con ternura generarán menos prácticas violentas? a partir de leer los significados que desarrolla Ulloa respecto a este concepto y al de la empatía.

La ternura implica proporcionar al niño abrigo, alimento y “buen trato”, lo cual supone derechos humanos, dentro de ellos no ser violentado, sin embargo, la masculinidad hegemónica como institución tiene normas en las cuales el niño debe mostrar su virilidad no solo siendo violento sino también soportando las violencias de otros varones. Por lo tanto, el nacer niño en México se entendería por norma como crecer sin buen trato y además sin explorarlo y practicarlo hacia otros con excepciones individuales/personales/casos aislados. La masculinidad hegemónica encierra al niño y después, el hombre que llega a ser encierra a la mujer. La mujer es encerrada desde niña, pasa del encierro de los padres al encierro del esposo.

Para Carbón y Martínez (2019) la ternura es un dispositivo que al ser social hace al sujeto social. La ternura es la mediadora entre la justicia y el sufrimiento, entre derechos y violencias, una contra pedagogía del desamparo que apunta a recuperar la sensibilidad y la vinculación de los sujetos.

¿Los estereotipos hacia los niños permiten que haya una empatía hacia ellos? Es decir, el leer a un cuerpo como “niño” y asumir que es más fuerte, autosuficiente, menos sensible, racional, que puede y además tiene poder ¿se puede empatizar con ese sujeto y por lo tanto dar el suministro necesario? Si el estereotipo anula ¿cómo se le brinda algo que creo que no necesita? ¿Cómo se le mira? ¿Hay diferencias entre el miramiento que se les da a los varones que el que se les da a las niñas? Para Ulloa (1999) el miramiento hace que la madre se desapegue de manera gradual del

niño hasta que logre ser autónomo, ¿de qué sujeto autónomo hablamos? Los hombres son sujetos mutilados emocionalmente por la sociedad ¿los varones pueden llegar a ser autónomos si la única forma de expresión emocional que les es permitida es el enojo?, ¿el sujeto al que se le da el permiso implícito o explícito de violentar no es dependiente a la vez del sujeto que recibe su violencia?, ¿la dependencia no excluye la autonomía?

También respecto al dispositivo de ternura, me gustaría relatar un caso que me resonó al leer los ejemplos puestos por Ulloa y a este otro, otra tercera necesaria para apelar por un trato digno entre dos partes que tiene posiciones de poder desiguales.

En el grupo de varones del que soy facilitadora, hay un hombre de aproximadamente cuarenta años, el cual no falta nunca a las sesiones, incluso no quiere terminar el número de horas que le asignaron y pregunta si puede seguir asistiendo porque dice que los sábados no tiene nada que hacer, en otros momentos expresa que le gusta estar acá, depende el ánimo que traiga lo que nos cuenta, pero coincide con que quiere seguir asistiendo; al mes de estar en el programa daba rastros de información que eran personales, experiencias de violencia, ansiedad a causa del contexto del que provenía, pero todo era un rompecabezas a armar; las primeras sesiones, él hablaba de un hermano que murió, posteriormente al mes dialogaba sobre la carga de mandatos que su hermano era obligado a cumplir por orden de su padre; después pudo verbalizar que su hermano no murió, se suicidó y él expresa que la causa fueron estas cargas e imposiciones. Lo que narra que le obligaban hacer a su hermano son mandatos de la masculinidad, él expresa que no quiere acabar así y que le duele que haya decidido quitarse la vida porque era quien lo defendía de su otro hermano, cuando lo cuenta, lo expresa con la voz quebrada, dice que no tiene recursos para irse de vivir de la casa donde vive su hermano el cual ejerce violencia física y psicológica contra él. Expresa que antes había quien sostuviera las cargas que ahora recaen en él porque el padre después de que el otro hermano se suicidó depositó los mandatos en él.

Reflexiono con este ejemplo que importa la interseccionalidad para analizar estos roles de terceridad, porque en este caso no solo no hay un tercero de apelación, sino que su tercero de apela-

ción no tenía otro tercero, y ahora él desde su contexto tampoco tiene forma de “escapar” de ese trato cruel, porque si bien no depende de ese vínculo con el hermano, sí del espacio donde habitan ambos. Con la narrativa que encuentro de N es que el *grupo* es un espacio seguro para él, donde se siente escuchado y en confianza para hablar de dolores que no había podido expresar con nadie.

Sembrando, siempre sembrando

En la secundaria declamé hasta el cansancio una poesía de Blanco Belmonte: “Sembrando”. Vino a mi memoria ahora que intento cerrar este capítulo, y más que poderlo cerrar no encuentro más que otras semillas para seguir sembrando, como aquel loco que describía Belmonte sembrando en la montaña sola y bravía, para Ulloa probablemente ese loco sería un *notable*, como buscar dispositivos de *ternura* en un contexto como el mexicano, como mujer acompañada-acompañando a otras mujeres mientras vivimos en territorio de guerra, encontrando los *cómos colectivos*, para desarticular las violencias en las que vivimos.

Leer a Ulloa me dejó mirarme a mí misma y mis procesos de investigación con nuevos significados, a la par que la escritura colectiva me permitió observar huecos que llenar o no querer hacerlo; hubo una pregunta que me resonó posterior a las aportaciones de Lidia Fernández en el taller que nos impartió: ¿qué no quiero dialogar de aquello que me implica? Y tras varios ejercicios de escribir, podar, releerme y ubicar la incomodidad de algunas frases o párrafos que compartí para decidir eliminar, aquello fue de los retos más difíciles al elaborar este capítulo, conocer las exposiciones emocionales que quería dejar en mi narración y cuáles solamente quería identificar y reconocer para observar cómo influían en mis procesos de investigación.

La masculinidad como encerrona es la próxima línea que me mueve a investigar, conocer los afectos que mueven al hombre a violentar o no hacerlo, cómo influye el miramiento y el trato digno en su relación con las otras, las niñas, las mujeres, los hombres homosexuales, *lxs* trans, las disidencias, *lxs cuerpxs* no hegemónicos, qué dispositivos posibles se pueden generar para trabajar con las emociones, la expresión corporal, las violencias, el trato digno hacia

lxs otrxs hombres que viven la encerrona ¿cómo practicar otros afectos y cercanías? Y, por último, cómo sembrar en colectivo, desde la psicología, la investigación, las pedagogías y la danza.

Bibliografía

- Bartra, E. (2012). Acerca de la Investigación y la Metodología Feminista. En Blázquez, N., Flores, F. y Ríos, M. (Ed.), *Investigación feminista Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 67-78). UNAM.
- Carbón, L. y Martínez L. (2019). *La ternura como contra- pedagogía del desamparo*. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-111/359.pdf>
- Enriquez, E. (2000). *Extractos de las Notas tomadas durante el seminario de Eugene Enriquez*. Doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Esteban, M. y Távora, A. (2008). El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: Revisiones y propuestas. *Anuario de Psicología*, 1, pp. 59-73.
- García, L. (2017). Masculinidades críticas para vencer al patriarcado. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/nuevas-masculinidades-para-vencer-al-patriarcado/>
- Lipcovich, P. (2010) La ética del deseo debe balancearse con la ética del compromiso, ¿Por qué Fernando Ulloa? Un referente indiscutible En Silva, A. (Comp.) *Fernando Ulloa, una aproximación a su obra* (pp. 21-27) Facultad de Filosofía y Letras.
- Moretti, I. y Perrote, M. (2019). *Sentirse precari*s. Afectos, emociones y gobierno de los cuerpos*. Universidad Nacional de Córdoba.
- ONU Mujeres México. (2020). COVID-19 y su impacto en la violencia contra las mujeres y niñas. *ONU Mujeres México* <https://mexico.unwomen.org/es/digiteca/publicaciones/2020-nuevo/abril-2020/covid19-y-su-impacto-en-la-violencia-contra-las-mujeres-y-ninas>
- Pisano, M. (2004). *Julia quiero que seas feliz*. Surada.
- Rodríguez, T. y Rodríguez, Z. (2020). Intimidad y relaciones de pareja durante la pandemia de la COVID-19 en Guadalajara. *Espiral*, 27, 78-79.
- Silva, A. (2010). *Fernando Ulloa, una aproximación a su obra*. Facultad de Filosofía y Letras.
- Saiz, M. (2013). *Amor romántico, amor patriarcal y violencia machista: ,Una aproximación crítica al pensamiento amoroso hegemónico de occidente*. [Tesis de maestría, Universidad Complutense de Madrid].

- Sánchez, M. y Dávila, A. (2008). La práctica conversacional del grupo de discusión: jóvenes, ciudadanía y nuevos derechos. En Gordo, A. y Serrano, A. (Ed.) *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. (pp. 97-124). Pearson educación.
- Segato, R. (2021). *La guerra contra las mujeres*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Teijeiro, N. (2019). *Los nuevos vínculos relacionales: los jóvenes ante las no monogamias*. [Tesis Final de Máster, Universidad Da Coruña].
- Ulloa, F. (1999). Sociedad y crueldad. *Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación* <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL002016.pdf>
- Vilche, L. (7 de diciembre del 2020). La primera víctima del mandato de masculinidad es el hombre. *Género y metodologías- Plataforma regional* <https://generoymetodologias.org/actualidad/detalle/la-prime-ra-victima-del-mandato-de-masculinidad-es-el-hombre/>
- Viña, D. (20 de febrero del 2023). Colima repite como la ciudad más violenta del mundo. *El País*. <https://elpais.com/mexico/2023-02-21/colima-repite-como-la-ciudad-mas-violenta-del-mundo.html>